

Terry
McMillan

NO PIENSO IR CUESTA ABAJO

Traducido del inglés por Miguel Marqués Muñoz

Título original: *It's Not All Downhill From Here*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Ballantine Books, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2020 by Terry McMillan.

© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-817-5

Depósito legal: M. 14.155-2020

Printed in Spain

*A mi madre, ahora y siempre
y
en memoria de mi hermana, Rosalyn McMillan*

«No podemos dar marcha atrás para cambiar el comienzo,
pero podemos empezar desde donde estamos para cambiar el final.»

Capítulo 1

No quiero más fiestas sorpresa.

Esta es solo una de las razones para las que cuando Carl, mi marido, me llamó hace unas semanas mientras yo llevaba a nuestro perro B. B. King al parque canino y me preguntó qué quería hacer por mi cumpleaños, yo respondí: «Cariño, necesitamos un renacimiento».

Al principio, dejó escapar una risita aguda como si fuera una soprano o algo por el estilo y volvió a preguntar:

—¿Quieres que te lleve a Italia?

Yo le devolví la misma risita aguda, aunque hablaba muy en serio.

—No se preocupe, *miss* Lo. Yo me encargo —zanjó, antes de colgar.

Me percaté de que, en realidad, él no sabía por dónde iba yo. Quería proponer que, como habíamos dejado atrás más días de los que teníamos por delante, intentásemos averiguar qué otras cosas podíamos hacer para dar ritmo a nuestras vidas. No es que nos aburriéramos. Bueno, quizá sí, un poco. Pero aun cuando no hiciéramos muchas cosas emocionantes, yo seguía queriéndolo más que al regaliz rojo. Carl se dedicaba a la construcción y era el típico jubilado que se niega a jubilarse; después de treinta años de romperme el lomo paseando productos de belleza por más peluquerías de las que

quería recordar, yo tampoco era exactamente una viva la virgen.

Solté a B. B. King en el parque canino, pero el perro se quedó a mi lado temblando, como si estuviera esperando a que lo invitaran a participar en alguna actividad en la que no tuviera que correr y saltar. En tiempo humano, tanto él como yo cumpliríamos pronto la misma edad: sesenta y ocho. Sus bigotes y cejas estaban salpimentados de blanco, pero, a diferencia de mí, B. B. no se tiñe. Era nuestro tercer pastor alemán. No quería pensar cuánto tiempo le quedaba hasta que no quisiera ya o no pudiera encaramarse de un salto a la parte de atrás de mi ranchera Volvo, que seguiré conduciendo hasta que, como yo, deje de arrancar.

Me senté en el banco verde de metal y observé a B. B. husmear a un amistoso caniche de pelo chocolate. Me di cuenta de que últimamente rezaba para no tener que terminar sentada de nuevo en otra deslucida fiesta en la que a nadie se le ocurre bailar hasta que ponen una canción que solo los setentones recuerdan, entre los cuales yo podría ir ya incluyéndome. Y eso es si llamamos bailar a seguir el ritmo del chachachá con zapatos de suela plana, alpargatas o cuñas de medio palmo con suela de goma, cada uno a su compás. Para mí eso no es bailar, sinceramente. Cuando veo vídeos musicales en YouTube, termino siempre meneando las caderas —que rozan ya la talla 46—, subiendo y bajando los hombros y chasqueando los dedos como en *Single Ladies* o como ese chico monísimo que es Bruno Mars en *Uptown Funk* y bailo hasta que me tengo que secar el sudor de la frente. No, señoras y señores, a mí no se me ha olvidado bailar. De hecho, a veces, Carl se sienta en su butaca de cuero, la reclina al máximo y me mira dar vueltas y vueltas con mis tacones de diez centímetros, que me pongo a diario para ir a trabajar porque me gusta ir de glamurosa. En esos momentos me siento una mujer guapa y sexi de

cuarenta años. Carl se limita a mover la cabeza como asintiendo y chasquea los dedos hasta que la sonrisa que se dibuja en sus sabrosos labios empieza a desaparecer. En ese momento, extiende el dedo índice —lo que podría traducirse como «Dame un segundo, pero no dejes de bailar»—, se incorpora lentamente hasta ponerse en pie y se aleja renqueando por el pasillo en busca de una de sus pildoritas azules.

Ay, maldita sea. Ya estoy divagando otra vez. Voy a tener que dejar de pedir disculpas por ello, porque, según la *AARP*, una revista para mayores que leo, esto es solo el comienzo. Aunque, a decir verdad, lo de olvidar de qué estaba hablando e irme por los cerros de California me ha pasado siempre. Cuando tenía veintitantos años, fumaba un montón. Nos sentábamos en círculo en el suelo, echados sobre almohadones gigantes, y teníamos profundas conversaciones sobre el sentido de la vida o algo que tuviera que ver con Dios o con cómo íbamos a cambiar el mundo, hasta que nos quedábamos todos callados, embobados con la lámpara de lava. Entonces, alguien se daba cuenta de que estaba a un paso de írsele la olla, se incorporaba de un respingo para espabilarse un poco y preguntaba: «¿De qué cojones estábamos hablando hace un segundo?». Y como nadie tenía ni idea, alguien empezaba a rular el canuto de nuevo, hasta que nuestras mentes se embarcaban en la siguiente disquisición filosófica.

Gracias a Dios, me cansé de pensar en cosas que no eran importantes y me di cuenta de que me gustaba mucho cómo me sentía cuando no estaba bajo la influencia de ninguna sustancia. Cuando no atravesaba buenos momentos me era mucho más fácil tomar decisiones para sentirme mejor si tenía la cabeza despejada.

En cualquier caso, a día de hoy soy una ciudadana oficialmente vieja y mi mente se ha ganado el derecho de viajar adonde le dé la gana. He llegado a la conclusión de que si no

me acuerdo de algo es porque no es lo suficientemente importante para mí. No obstante, a veces, cuando sí me acuerdo de algo, lo vivo como un halago.

Como ahora mismo. Me acuerdo de lo aburrida que fue la fiesta del año pasado. Me sentí, además, dolida, porque mi hermana melliza, Odessa, y mi única hija, Jalecia, no se presentaron. Odessa es una hija de puta y se empeña en demostrarlo semanalmente. Como he dicho, es mi melliza, aunque hay un par de cosas que nos hacen distintas a todas las gemelas. Primero, nacimos en años distintos. Yo nací el 31 de diciembre y ella el 1 de enero. Además, técnicamente, somos solo medio hermanas, aunque siempre hemos vivido como hermanas enteras. Al parecer, mamá era todo un pibón cuando era joven y se acostó con dos tíos distintos con días de diferencia. Esto explica probablemente por qué no nos parecemos en nada y por qué no nos llevamos bien, como la mayoría de mellizos y gemelos. Mamá no se molestó en contarnos nuestra historia hasta nuestro último curso de secundaria, pero llegado ese momento no teníamos ya el menor interés por saber quiénes eran nuestros padres.

Odessa me tiene celos desde hace años. Es un hecho. Celosa del rollo «A ti te coronaron primera reina negra del baile de nuestro colegio mayoritariamente blanco, hace cincuenta años, aunque no eras muy guapa» (sigo sin serlo). Celosa rollo «Tú sabes arreglarte y parecer más atractiva de lo que eres y de vez en cuando te siguen pitando los coches por la calle». Celosa rollo «Claro, como eres una empresaria de éxito». Ella jamás ha puesto un pie en mi tienda de Pasadena. No me ha dedicado jamás un halago, por mucho que me arregle. Yo, a diferencia de ella, nunca pensé que nuestras vidas fueran una competición. La quiero, pero, para ser sincera, no me cae bien. Si no fuera mi hermana, probablemente no querría saber nada de una persona así.

Poco antes de que Odessa se prejubilara, a los cincuenta años —era policía local en Pasadena—, su marido la dejó por una exanimadora de los Lakers de cuarenta y tres que todavía era capaz de abrirse de piernas del todo. Odessa lo dejó sin un centavo y se compró una casa mucho más grande que la mía —yo creo que lo hizo aposta— en las colinas de Altadena. Y entonces empezó a ir a la iglesia como quien empieza a ir a Alcohólicos Anónimos. Su carácter cambió radicalmente tras recibir la iluminación del Espíritu Santo, aunque esa luz divina no parece haberla hecho ver que sigue siendo infeliz, ni darse cuenta de que Dios deja intencionalmente algunas preguntas en el aire para que las respondamos nosotros mismos. Empezó a actuar como si el solo olor a alcohol fuera una descarga eléctrica. Antes de jubilarse, vivía prácticamente en los bares y se quedaba sentada en la barra hasta que podía ponerle las esposas a alguien. Ahora no se le ocurre ni asomarse a ningún sitio que tenga un grifo de cerveza.

Mi hija, por otro lado, tiene una relación totalmente opuesta con la bebida. Vive un idilio intermitente con el alcohol y últimamente también con esos analgésicos de diseño para gente a la que no le duele nada. Trabajaba conmigo en la tienda y tuve que despedirla porque me robaba. A mí, a su propia madre, la que le dio el trabajo porque con cuarenta años sigue sin tener ni idea de qué quiere hacer con su vida. Eso es, al parecer culpa mía, porque yo sí tuve un trabajo, luego me hice empresaria y, por fin, me divorcié. Así que su fracaso a la hora de poner en pie algún tipo de proyecto es la venganza por no haber estado yo presente y por no haber sido suficientemente generosa con ella. Pero yo no puedo estar en todos lados a la vez y ya me cansa sentirme castigada por ello. Mi hija no vino a mi última fiesta de cumpleaños y llevo más de un año sin hablar con ella.

Lo único que puedo decir es que doy gracias a Dios por los hijos, aunque quizá debiera decir «por el hijo», pues solo tengo uno. Jackson es el hermano pequeño de Jalecia y nació de un segundo matrimonio. Tampoco vino a mi fiesta de cumpleaños del año pasado, pero por razones bien distintas: vive en Tokio. Se ha casado con una chica japonesa, Aiko. Y Aiko acababa de dar a luz a gemelas, prematuras. Necesitaban unos meses para crecer sanas y fuertes y su padre tenía que estar junto a ellas.

Sí acudieron mis mejores amigas. Lucky. Sadie. Korynthia. Estuvo hasta Poochie, que vive en Las Vegas. Prácticamente nos criamos las cuatro juntas, aunque a veces nos ponemos de los nervios. En ocasiones, hasta el punto de que nuestra amistad queda temporalmente en suspenso. No obstante, siempre terminamos volviendo a los brazos de las unas y las otras porque nos llevamos queriendo más tiempo del que hemos querido —por ejemplo— a los hombres de nuestra vida.

Esa mañana, noté que Carl me daba un beso en la frente. Él sabía perfectamente que estaba despierta, pese a tener los ojos cerrados.

—Bueno, entonces, ¿vamos allá, preciosa?

Sonreí, lo miré aún tumbada y a continuación le tiré del botón metálico del bolsillo de su mono, a la vez que le decía:

—Supongo que tendré que fiarme de usted.

—Bien. ¡Verás lo bien que lo vas a pasar obedeciendo órdenes directas de tu marido!

Le di un empujoncito tipo «Mira, lárgate de aquí antes de que cambie de opinión». Se quedó apoyado en la jamba de la puerta. Su plateado pelo a lo afro casi rozaba el dintel y esas amplias espaldas me recordaron que antaño fue un corpulento jugador de fútbol americano. Ojalá le hubiera conocido

cuando aún atrapaba balones... Pero, bueno, pensándolo bien, a mí me atrapó en el momento justo, cuando mis hijos estaban criados y a punto de marcharse. Carl entró un día en la tienda para comprar un champú de cola de caballo para él y yo me reí y él se rio también y me dijo entonces que yo olía a jengibre. No pude evitar fijarme en que no llevaba anillo de oro en la mano izquierda. Me contó que tenía una empresa de construcción y me entregó una tarjeta de visita de color negro con letras blancas, de un suave tacto. Me dijo que, si quería hacer alguna reforma en casa, no dudara en llamarlo. Y eso hice. Las reformas, no obstante, me las terminó haciendo a mí misma.

—Un momento. —Se detuvo antes de salir por la puerta—. ¿Qué me dijiste que querías por tu cumpleaños?

Dejé escapar un prolongado suspiro.

—¡Unos vaqueros de pitillo!

—Vale, nena. Y, ahora, estate al loro. Nos vemos cuando nos veamos.

Y, a continuación, salió de la habitación con su leve cojera.

Carl me había suplicado que me tomase el fin de semana libre y al final terminé dando mi brazo a torcer y cerrando la tienda de Pasadena. Colgué en la puerta un cartel que decía CERRADO POR INUNDACIÓN. ABRIMOS DE NUEVO EL LUNES, porque hay que tener una razón de peso, al menos en apariencia, para bajar la persiana de una tienda de productos de belleza. Como no puedo fiarme de las dos chavalas que tengo contratadas (tienen los días contados), les pagué los turnos que no iban a hacer y les dije que iba a hacer algunos arreglos de fontanería. Las dos hicieron como si les importase algo.

No me gusta cerrar, salvo cuando enfermo, que no es a menudo. Cuando más caja hago es los fines de semana y los festivos, cuando la gente se permite algún capricho y comprar más productos de belleza de los que necesita. Antes eran

chicas jóvenes las que se gastaban una millonada en la Casa de la Belleza y el Glamur, pero ahora son más bien mujeres entradas en años y un montón de hombres. Mi objetivo es ayudarlos a verse y sentirse guapas y guapos.

Esta es precisamente la razón por la que, cada vez que salgo de casa (salvo cuando saco a pasear a B. B. King), intento que parezca por mi aspecto que me dirijo a algún lugar importante. Mi madre me lo explicó de esta manera: «El único lugar en el que puedes darte el lujo de no estar guapa es tu propia casa. Si te sientes guapa, te sentirás bien». La gente me pregunta siempre a qué me dedico (porque debo de tener pinta de estar en la seguridad social pública). Yo les contesto que vendo belleza (paso por alto lo de los «productos», porque lo cierto es que, a fin de cuentas, vendo belleza). Aunque a mí también me salen cada vez más arrugas —yo prefiero llamarlas «marcas de belleza»—, se me ven poco porque mi piel es de un color chocolate oscuro y, además, uso un buen corrector. Sé que están ahí, porque me las he ganado. Mi pelo es de un aburrido color gris mezclado con negro, pero me lo tiño de un color que me gusta llamar «sexi plata». Y que conste: en los labios no me pongo otra cosa que carmín rojo. Hago excepciones a esta regla dependiendo de lo que vista, como cuando el atuendo pide un rosa encendido o un naranja quemado. Pero de ahí no salgo.

Carl se marchó temprano para supervisar la instalación de unos armarios y un fregadero nuevo en uno de los apartamentos que alquilamos. Yo estoy deseando que nos deshagamos ya de ese apartamento en concreto. Alquilar casas no merece la pena por el dinero que da, pues en gran parte hay que reinvertirlo. Pero a Carl le gusta mantenerse ocupado. Se pasa el día yendo y viniendo entre el apartamento y la casa

vacía de mi madre, que Carl y yo le compramos. Carl está supervisando la rehabilitación porque mi madre le prendió fuego sin querer. Por suerte, pudimos instalar a mamá en Valley View, una encantadora residencia para la tercera edad, aunque ella sigue creyendo que va a volver a instalarse en su casa cuando terminen de arreglarla. Ha perdido su Corolla rojo en unos cuantos aparcamientos y ha abollado demasiados parachoques porque había empezado a confundir el acelerador y el freno. Ahora está en un lugar seguro.

A diferencia de mamá, Carl se ha negado a aceptar el hecho de que a los setenta y tres años, tener dos rodillas artríticas es todo un hándicap. No quiere usar bastón, pero los dos sabemos que cuando le duele cojea más, aunque rara vez se queja.

Doy de comer a B. B. King y continuación me sirvo un tazón de muesli que sabe a paja y lo empapo bien en una insípida leche de almendras. Compró ambos productos en el Whole Foods, donde he empezado a hacer la compra de vez en cuando para impresionar a mi médica. Tras un desayuno que definitivamente no me va a cambiar la vida, B. B. King aparece con la correa en la boca. El paseo de hoy tendrá que ser corto, porque tengo un montón de cosas que hacer. En cuanto se da cuenta de que no vamos al parque canino, intenta tirar de mí en esa dirección. Supongo que quiere ver a su nueva novia, pero no doy mi brazo a torcer.

Veo a una madre junto a su hija que caminan en sentido contrario al nuestro. La madre está grabando en vídeo a su hija, que va en un carrito y tiene agarrado en la mano un ramillete de globos amarillos y blancos. Caigo en ese instante en que Carl hizo varios vídeos durante mi última fiesta de cumpleaños. De regreso a casa, rebusco en la columna de DVD hasta que doy con uno que dice: FIESTÓN 67 CUMPLEAÑOS LORETHA. Lo malo es que he olvidado cómo funciona el DVD,

porque desde que tenemos Netflix apenas lo usamos. Los DVD se han quedado obsoletos, y así me siento yo a veces también. Por mucho que quiera disimularlo, tengo claro por fin que jamás tendré el aspecto que tenía hace un año o hace dos. Jamás podré volver a hacer algunas de las cosas que hacía antaño y estoy muy segura de qué cosas son las que debería haber aprendido que nunca aprendí.

Cuando veo en la pantalla de la televisión el rótulo que anuncia la fiesta de mi cumpleaños, doy gracias por que todo saliera tan maravillosamente bien. Me termino lo que me queda de agua mineral, me quito las zapatillas deportivas, me dejo caer en el sofá y pulso «Reproducir». El vídeo comienza con una versión de la tercera edad de famoso programa de baile setentero *Soul Train*. Oigo a B. B. King roncar, le doy a «Avance rápido» hasta llegar a los emotivos brindis ofrecidos por mis amigas y recuerdo que sonaban más bien a testimonios de algún programa antiguo de Oprah Winfrey.

«¡Para que no tengas motivos para pisar el hospital! ¡Que no vayas tú y que no tengas que ir a visitar a ninguna amiga!»

Este no es el tipo de brindis que uno hace en el sexagésimo séptimo cumpleaños de una amiga querida. La intención de Sadie, no obstante, era buena. Mi amiga Sadie es la típica solterona medio guapa, medio fea, y le encanta visitar a los enfermos, sobre todo cuando aún están en el hospital. Y no se pierde un funeral, aunque no conozca personalmente al muerto. Era bibliotecaria y está jubilada, pero creo que su vocación era otra, porque siempre se comporta como si estuviera sobre un escenario, dándose palmadas en el pecho plano mientras lee los nombres de los «enfermos y reclusos», junto a las defunciones, en la hoja parroquial. En una ocasión me preguntó por qué no lloraba. «Porque me cuesta llorar por alguien a quien no he conocido», le contesté. No he vuelto a su iglesia desde que Sadie se metió en el coro y empezó a pa-

vonarse de sus solos; a mí me dicen que siempre desafina y que los que gritan «¡Alabado sea Dios, hermana Sadie!» son casi todos parientes suyos.

Odio tener que reconocerlo, pero últimamente, en lugar de a la iglesia he empezado a ir a las sesiones matinales de cine, más que nada por el descuento para jubilados. Carl suele quedarse en casa relajadamente para ver deportes en la tele. No es que no seamos religiosos. De pequeña yo iba todos los domingos a la iglesia, así que ya me sé de qué va la historia. A veces soy algo testaruda, cada tanto me da por co-tillar (sin maldad) y excepcionalmente puedo comportarme lisa y llanamente como una auténtica arpía. Pero creo en Dios e intento vivir cristianamente. Para ponerme el día, veo la misa en la tele (a esta puedo asistir en pijama). A veces la grabo y la vemos Carl y yo mientras cenamos.

Viendo el vídeo de mi fiesta de cumpleaños, me doy cuenta de que todas mis amigas se han jubilado, menos yo. Esa es la razón de que se aburran tanto, probablemente. Es como si estuvieran esperando sentadas a morir. Yo no puedo compartir esa convicción de que a partir de ahora todo va a ir cuesta abajo. La vida no termina a los sesenta y cinco años. Me siento como un coche: mientras me cambien el aceite y mis ruedas sigan girando, tengo kilómetros que recorrer. Muchos. Aunque del dicho al hecho...

Yo creo que Sadie se siente sola, sin más. Nunca se casó y eso siempre se la trajo al paio, en apariencia al menos. «¿Crees que podrías ser lesbiana?», le pregunté una vez, hace como treinta años, cuando era más atractiva. Se enfadó conmigo. Le dije que no tenía que tomárselo así. Incluso en aquel entonces, todas las lesbianas que yo conocía estaban encantadas con su orientación sexual. Lo que me apena es que Sadie no sepa lo que es el sexo, porque creo que no sabe lo que es. No tiene ni idea de la cantidad de placer que ha dejado de

sentir y me da que es del tipo de mujer a la que le daría miedo aun intentar darse placer a sí misma. No es que yo no lo haya hecho nunca...

Empujo con el pie la mesita de café unos centímetros, cruzo las piernas y me inclino hacia delante un poco para observar mejor la figura alta y esbelta de Korynthia, que acaba de aparecer en la pantalla.

«Yo brindo por que te plantees contratar a una mujer madura para tu tienda de Pasadena —proclama, señalándose al pecho—. Para la de Los Ángeles no, porque no me voy a chupar ese viaje de ida y vuelta por la autopista 10. Al menos, no por lo que me vas a pagar. Eso es así. De hecho, creo que deberías vender la tienda de Los Ángeles. Estás mayor para tanto estrés. Y, además, no te hace falta el dinero. Bueno, ¿dónde estaba? Ah, sí, deberías contratarme para trabajar a media jornada por un poco más del salario mínimo. Es porque me aburro, que conste, no porque me haga falta el dinero, a diferencia de esas mamitas lindas que tienes contratadas, que se pasan más tiempo arreglándose en los espejos del mostrador que ayudando a los clientes de toda la vida a encontrar una cola de caballo de pelo gris sintético o un buen tratamiento anticaída. Chicas, no quiero robaros más tiempo, pero si me dejáis, añadiré que no tengo ni idea de cuál es el tipo de maquillaje que se utiliza para disimular las bolsas de los ojos. Y eso es todo lo que tengo que decir.»

De acuerdo. Korynthia habla hasta debajo de agua y no se calla mientras la dejes seguir adelante. Es también hermosa; una tipa altísima y delgada. Mide un metro ochenta y cinco y es la única del grupo que sigue pesando lo mismo que en los años de la universidad. Aunque ella no fue a la universidad. No tenía paciencia: «Cuatro años es demasiado tiempo sin ganar ni un centavo». Durante la mayor parte de su vida adulta, Korynthia trabajó como camarera en discotecas o en

restaurantes veinticuatro horas. Otra que se pavoneaba: «Me pagan en efectivo y me quedo hasta el último centavo del salario». Sin embargo, Korynthia, que no se casó con ninguno de los tres hombres con los que tuvo hijos (uno con cada uno), jamás pensó que un día necesitaría seguridad social y atención médica pública. Ahora quiere que la contrate, pero es que Korynthia no destaca por sus habilidades sociales: los clientes con que ha tratado toda la vida estaban siempre borrachos o fumados. Le reconoceré una cosa: insiste mucho en que sus tres hijos vayan a la universidad. Ahora viven en San Diego. Cuando murieron sus respectivos padres, Korynthia heredó un tanatorio de uno de ellos y como, a diferencia de Sadie, a Korynthia le dan miedo los muertos, lo terminó vendiendo. A día de hoy, sigue tratando de averiguar qué hacer con su tiempo libre, aparte de deporte. Ese cuerpo suyo nos tiene a todas celosas y cabreadas.

B. B. King se tira un pedo apestosísimo. Yo empiezo a agitar el aire con ambas manos, pero no sirve de mucho, así que abro la puerta de entrada y le chisto para que salga. Vuelvo al vídeo. La siguiente en aparecer es Lucky, cuyo verdadero nombre es Elizabeth Taylor. Lucky cuenta que su madre se quedó encandilada de la película *Fuego de juventud* y por eso le puso ese nombre. Ella se cambió luego el nombre a Lucky, que le gustaba más. Aunque no lo hizo legalmente, claro.

«Yo brindo por que vendas ya esa ranchera Volvo tan fea que tienes.»

Lucky siempre ha sido una elitista, aunque ha vivido un poco confundida. Cree que los coches definen a sus conductores. El coche y el código postal son para ella etiquetas vitales. Ha trabajado toda la vida como modista y costurera, diseñando vestuario para concursos y anuncios televisivos, pero ahora se pasa la mayor parte del tiempo yendo de com-

pras, cocinando y comiéndose lo que cocina. Lucky no tuvo hijos porque nunca quiso tenerlos y vive por encima del Rose Bowl, el famoso estadio de fútbol americano, pero jamás se ha molestado en recorrer los cinco kilómetros del sendero que rodea el estadio y los parques adyacentes. Cuando se levanta, abre la ventana y se encuentra con la cadena de montes San Gabriel. Yo también los veo desde mi dormitorio, pero tengo que estirar el cuello. Lucky conduce un Lexus dorado que compró hace nueve años y con el que ha tenido al menos seis accidentes porque se le da fatal cambiar de carril. Y, sí, yo tengo un Volvo blanco que compré hace doce. Es un coche muy seguro y yo soy una conductora bastante paranoica, con cierta tendencia a pisar el freno a la mínima. Además, la gente tiene lástima de las que conducimos rancheras Volvo, especialmente si en el asiento de atrás viaja un perro viejo con cara de que lo acaban de secuestrar. No obstante, sé de buena tinta que a B. B. King le encanta mi Volvo, porque una vez que estaba en el taller tuvimos que alquilar otro coche y el perro no quería ni subirse.

«¡Un segundo! ¡Se me olvida una cosa! Brindo para que por fin consigas cumplir tu objetivo de adelgazar este año!»

Menudo morro le echó Lucky al sacar ese tema. Lucky, la que pretende que nos creamos que sigue usando la talla L. Lucky toma medicación para el colesterol porque es una yonqui de los fritos, del helado de oreo y de cualquier tipo de pastel. Yo no le ando a la zaga en eso del comer, pero no me tengo que poner a dieta. Me gustan mis curvas y a Carl también le gustan. En cualquier caso, tras cuarenta y cinco años sigue felizmente casada con Joe, un arquitecto blanco que desde que se jubiló se dedica a hacer maquetas de edificios y rara vez sale de la casa —bastante grande, por cierto— en la que viven. A todas nos cae bien, pero todas coincidimos también en que es un tipo un poco raro.

No voy a mentir: la última vez que la vi, la doctora Alexopolous se atrevió a decirme que tengo sobrepeso. Además, me insiste en que estoy al filo de la diabetes y que me iría bien perder diez kilos o quince, mejor. Yo creo que es absurdo. «Soy una mujer de hueso grande —le repliqué—. Y soy negra. Somos caderonas, es genético.» Pero no la voy a convencer. Para ser sincera, es difícil cambiar los viejos hábitos, sobre todo si son malos. «Señora Curry, si quiere usted evitar problemas en el futuro, debe reducir el consumo de grasas, hidratos de carbono y azúcares y, quizá, plantearse hacer ejercicio. Nunca es demasiado tarde.» A mí no me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer. Le contesto que intento comer ligero (mentira) y que saco a pasar al perro a diario (eso sí es cierto). La doctora me contesta que a mi edad sacar a pasear al perro no cuenta como ejercicio aeróbico. Estoy intentando reunir el valor para despedirla, si es que uno puede despedir a su médica.

Ha pasado casi un año desde la última vez que fui a verla. Desde entonces he estado muy ocupada con la Casa de la Belleza y el Glamur; tanto que no he tenido tiempo de incorporar el ejercicio en mi rutina diaria, aunque he reflexionado mucho sobre cómo hacerlo. No, en realidad no he pensado ni un momento. Ni se me ha pasado por la cabeza. Lo reconozco. No me gustan los gimnasios porque la mayor parte de la gente que va al gimnasio o son jóvenes o ya están en forma. Me hacen sentir gorda. Y vieja. Técnicamente soy ambas cosas, lo sé. La doctora me recomendó que le diera una oportunidad al *spinning* y yo quise recomendarle a ella que se hiciese un cambio de *look*. La tipa recuerda al abuelo de *La familia Monster*, pero con un pelo ralo de un rubio sucio. Aunque jamás se lo reconocería, terminé declarándome culpable para mis adentros por ser una perezosa y decidí ir quitándome, poco a poco, del regaliz rojo, del

helado Baskin-Robbins, del pollo frito de Roscoe's, de las hamburguesas con queso, de las patatas fritas y el maíz frito, de la salsa de carne y de los *muffins* en todas sus variedades. Con respecto a los postres navideños, tendré que elegir entre la tarta de melocotón, el pastel de boniato o el pudín. Intentaré el «pito, pito, gorgorito», pero no creo que tenga el éxito que deseo. Me falta fuerza de voluntad. He revisado la estrategia y he llegado a la conclusión de que tengo que echarle más ganas. Voy a plantearme muy seriamente ponerme a dieta y hacer algunos cambios. Empezaré en Año Nuevo, que es, después de todo, el día después de mi cumpleaños.

«Yo brindo para que empieces a vender en tu tienda las pelucas Vivica Fox para no tener que pedirles por internet.»

¡Ay...! Ahí está mi querida Faye. Murió hace seis meses. Cáncer de pulmón. Unas semanas después de ese cumpleaños fui a verla a San Bernardino. Me la encontré sentada en su porche, tras los estores, fumándose un pitillo. Se había quedado en cuarenta y cinco kilos y tenía la piel apagada, como si alguien se la hubiera rociado con algún tipo de polvo. Me llegó el pedido de pelucas de Vivica Fox la semana después de que muriera. La echo enormemente de menos.

Le doy a «Pausa», me enjugo las lágrimas y observo detenidamente el rostro de mi amiga. Faye era guapísima. Tenía unos pómulos que daban a su rostro el aspecto de un corazón color chocolate. Era un clon de la cantante Lena Horne. Probó los chicles y los parches de nicotina, y también la hipnosis. Siempre decía lo mismo: que fumar la relajaba y que estaba dispuesta a asumir los riesgos.

—Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida —le dije.

—Como si tú no tuvieras malos hábitos, Lo.

—No tengo malos hábitos que me vayan a acabar matando.

Eso es lo que recuerdo haberle dicho, negándome a creer que nada grave pudiera pasarle jamás, aunque ya entonces tenía aquella tos.

Durante una temporada larga la llamaba por teléfono esperando que contestara, pero, en cuanto me daba cuenta de lo que estaba haciendo, colgaba. Lleva mucho más tiempo de lo que creía aceptar que alguien a quien conoces de toda la vida ya no está. No he sido capaz de borrar su número de teléfono de mi móvil. Quiero que sepa que, al menos para mí, sigue existiendo. Desde que Faye murió he pensado muchas veces en cómo moriré yo. Pero esto no lo hablo con nadie. Ni con Carl, siquiera. Lo que sí sé es que no quiero que sea por algo que he hecho mal o que he dejado de hacer.

Cuando oigo a B. B. gimotear, pulso «Pausa» de nuevo, antes de que, en la pantalla, Poochie se ponga a hablar, y me levanto para dejarlo entrar en casa de nuevo.

«Pues yo brindo para que le des a nuestro Crucero a Ninguna Parte otra oportunidad, Loretha. Han pasado tres años y te queremos de vuelta, ¿no es cierto, chicas?» Y las chicas responden con un sonoro «¡Síííí!».

Poochie lleva siendo vieja mucho más tiempo que el resto de nosotras. No pudo tener hijos, razón por la cual se formó como enfermera para personas con necesidades especiales, y cuida de cualquiera que necesite cuidado. Si te aqueja algún dolor, te hará un masaje, te acunará y te achuchará hasta que te quedes dormida. Dennis, su marido durante treinta años, murió por un fallo renal hace casi diez. Era un corredor de bolsa muy listo y le dejó una golosa fortuna. Poochie ha tirado la toalla en lo de volver a encontrar el amor. «Te obligas a olvidar lo bien que se siente una cuando la quieren», solía decir. Sin embargo, lo que sigue amando es el mar y los barcos grandes y, por esa razón, se convirtió, tras la muerte de Dennis, en nuestra organizadora oficial de cruceros. A mí no

me gusta mucho navegar y tampoco me vuelve loca el mar, porque cuando tenía nueve años estuve a punto de ahogarme. Poochie me suplica una y otra vez que pruebe a hacer al menos un crucero y me prometió que no me mojaría ni la punta del zapato. Como toda la pandilla estaba dispuesta a hacer ese crucero, terminé aceptando la propuesta después de mucho rezongar.

Me lo podría haber ahorrado, la verdad. No lo pasé bien. No entiendo cómo le pueden gustar a alguien esas actividades de ocio. En los espectáculos nocturnos, siempre cantaba gente a la que no conocía ni de oídas, mujeres envueltas en trajes de lentejuelas o ribeteados de flecos blancos, o señores que hacían pasos de baile del año de la polca embutidos en un esmoquin ajustado que pedía a gritos un par de centímetros más de tela. En el casino no escuché a nadie gritar de alegría por ganar el premio gordo; si acaso alguien chillaba era porque se había dejado toda la calderilla en las tragaperras y no había ganado nada (me incluyo). Lo que menos me gustó fue que solo había una escala, en Ensenada (México): a mí me dio tal mal rollo comer o beber en aquel lugar que me quedé a bordo. Mis amigas me abandonaron durante ocho largas horas y yo juré no volver a hacer un crucero en mi vida.

Me da rabia reconocerlo, pero di gracias secretamente a Dios cuando Poochie se mudó a Las Vegas para cuidar de su madre enferma. Cada pocos meses cogemos el autobús de los casinos, el nocturno, para ir a verla. Poochie se reúne con nosotras en las mesas del casino o en las tragaperras. Todas y cada una de las veces rezo y toco madera para que no ponga otro crucero. Hasta ahora ha habido suerte.

Tras los brindis, que en vídeo y pasado un año se me hacen menos emocionantes de lo que fueron en su momento, aparecemos todas en fila frente a todo un banquete de pollo frito, costillas a la barbacoa, habichuelas con tomate, patatas al

gratén, una especie de ensalada, berza y pan de maíz. Nos pusimos moradas. Carl ató el racimo de globos amarillos al respaldo de la silla para que no explotaran cuando soplara las dos gruesas velas con forma de 6 y de 7. Recuerdo cómo después de la tarta me busqué un rincón tranquilo desde el que observar a todas aquellas personas a las que tanto quería cuidar y que tanto me cuidaban. Sé que a veces las juzgo con severidad, y también me juzgo con severidad a mí misma. Me autoengaño con mis cosas. Aquella noche me prometí, por ejemplo, ser más amable conmigo misma y con mis amigas, porque ni yo ni ellas somos perfectas. Yo no he tenido en la vida el éxito que esperaba.

Mientras Sadie cortaba trozos de tarta y los colocaba en un papel de aluminio que había cortado, previendo que sobraría y que todo el mundo querría llevarse un poco a casa, me volví hacia mis invitadas y me dirigí a ellas dispuesta a hablar con el corazón en la mano: «Gracias a todas por ser tan atentas y mostrarme tanto amor. Y, ahora, todas de vuelta al geriátrico, ¡antes de que manden a la policía de la tercera edad a cogeros del culo!».

Algunas rieron y otras no. Me dio igual, porque era mi cumpleaños.

En privado, Carl me regaló unas perlas y propuso un brindis bien subido de tono.